

Directores de parroquia: Retiro con los catequistas

Hoja de actividades —La vasija agrietada

La vasija agrietada

Un cargador de agua de la India tenía dos vasijas grandes, las cuales colgaba de los extremos de un palo y cargaba encima de los hombros. Una de las vasijas tenía una grieta y la otra era perfecta. Día tras día, al final del largo camino a pie desde el arroyo hasta la casa de su amo, el cargador llegaba con la vasija perfecta llena de agua y con la rota a la mitad. Así pasaron dos años. Como era de esperarse, la vasija perfecta se sentía muy orgullosa de sí misma porque sabía que era perfecta para lo que había sido creada. Pero la pobre vasija agrietada siempre andaba muy avergonzada de su imperfección y se sentía frustrada porque solamente podía hacer la mitad de lo que le correspondía.

Así, a los dos años, la vasija agrietada le habló con tristeza al cargador de agua:

—Me siento muy avergonzada y me quiero disculpar con usted —le explicó.

—¿Por qué motivo? —le preguntó el cargador de agua—. ¿De qué estás avergonzada?

—Porque durante estos dos últimos años solo he podido entregar la mitad de mi carga ya que el agua se sale por esta gran grieta que tengo al lado durante todo el camino hasta la casa del amo. Y por

culpa mía usted tiene que hacer doble trabajo y recibe la mitad de lo que debería.

El cargador de agua sintió una gran lástima por la vasija agrietada y le respondió tiernamente:

—Cuando vayamos de regreso a la casa de mi amo, solo quiero que notes las bellísimas flores que han ido creciendo a lo largo del camino.

Así, mientras el cargador la llevaba de regreso a casa de su amo, la vasija agrietada vio la gran cantidad de flores hermosas que estaban creciendo a lo largo del camino y se sintió un poco mejor. Pero cuando llegaron a la casa y se dio cuenta otra vez de que solo tenía la mitad del agua, empezó a entristecerse nuevamente y a pedir disculpas al cargador de agua.

—¿No te diste cuenta de que las flores estaban solo a tu lado del camino y no al otro lado? —le preguntó el cargador de agua—. Como siempre he sabido muy bien que tienes una grieta, he tratado de hacer buen uso de ello. Sembré semillas de flores a lo largo del sendero por donde tú vas y todos los días, durante el camino de regreso, las has estado regando. Estos dos años he venido recogiendo estas flores y las he usado para decorar la mesa de mi amo. Si no fueras exactamente como eres, ¡mi amo nunca habría podido disfrutar de tanta belleza!

¿No te alegras, querido lector, de ser también una vasija agrietada?

— Anónimo.